

necesario conocer, haber estado allí, sin pensar en nada, menos aún en el turismo literario. Luis Durand estuvo. Vió, y más allá de sus ojos, sintió todo esto en la sangre, que hoy día recorre las páginas de «La Noche en el Camino». Porque si aquellos duendecillos que bailan, personificando la imaginación, no logran bañarse en la experiencia, no ya simplemente audaz, sino honda del ser y los seres, mueren lastimosamente, en ese bibelot que quedará olvidado junto al sueño imperturbable o a otros fantasmas que suelen manejar un poco de vida por algunos instantes.

El campo, ciertamente, no representa toda la tierra chilena ni todo lo chileno para la literatura. Como en todas partes... Pero no es posible negar que sí representa un buen aspecto, cuya importancia estará permanente, ya que estará expuesto a transformaciones sociales, quieranlo o no patronos y vasallos. Y entonces no podrá negarse que Luis Durand estuvo representando una expresión definida, con ámbitos bien personales, en este comienzo, ya que será un comienzo en nuestra infinita proyección de años y de hechos. Porque, seguramente, los momentos culminantes estará representados por hechos humanos, y entonces, al margen del aburrido pintor de paisajes, estará quien dé las existencias de hoy, en voces, en cuestiones, en pechos, en vitales sombras, Y es todo esto lo que hemos encontrado en toda la obra de Luis Durand. Hoy, pues, con «La Noche en el Camino», ha demostrado que sigue una línea que conoce bien, pero que no sabemos qué tiene más allá, y en cada uno de sus instantes.

El seguramente, estará franco para decirlo, pura y abiertamente como lo ha hecho hasta hoy.—V. C.


<https://doi.org/10.29393/At247-21PCCC10021>

POETAS CHILENOS CONTEMPORÁNEOS, breve Antología, por
Alfredo Lefevre

En los volúmenes de la Biblioteca Zig-Zag, en la cual se han publicado obras de innegable valor literario y artístico, se

ha incluido este Breve Antología de los poetas chilenos contemporáneos que ha redactado y seleccionado Alfredo Lefevre, joven profesor de Castellano y cuyos escarceos literarios hemos conocido a través de las páginas de algunas revistas, entre otras, de «Estudio».

Abandonados por un momento los elogios a la síntesis, al buen gusto para seleccionar los poemas de cada autor y las alabanzas—muy justas por lo demás—a la bella edición nos hacemos esta pregunta que juzgamos categórica: ¿Puede publicarse una Antología, por breve que sea, de poetas chilenos contemporáneos y omitirse en ella los nombres de Diego Dublé Urrutia, Luis Felipe Contardo, Jorjue Hübner Bezanilla, Jerónimo Lagos Lisboa, Carlos Préndez Saldías, María Monvel, Francisco Donoso, Juan Negro?

O se publica una Antología que contenga los valores esenciales de nuestra poesía moderna o no se publica nada. El antólogo dice en las últimas líneas del prólogo, como un «mea culpa» débil y tardío: «Los límites de la colección y el sacrificio de preferencias y antipatías justifican todo reclamo de ausencias».

—No, señor Lefevre, si no hay el suficiente número de páginas para el material indispensable que debe contener un libro de esta naturaleza, se deja para mejor oportunidad. Se da el caso curioso de que ahora la calidad de los poetas ya no está sólo entre nosotros sometida a los círculos literarios, y a los partidos políticos o al bombo mutuo, sino que también, como en el caso presente, a las determinaciones fijadas de antemano por la Empresa Editora. Se habría salvado este grave cargo que formulamos a Lefevre y a Zig-Zag, modificando el título del libro y bautizándolo con uno que expresara que son poetas modernos chilenos presentados por el señor Lefevre, sin la finalidad de ofrecer una «antología estricta» de la moderna poesía chilena.

Nosotros ya fuimos víctimas de esta misma labor y en cerca

de quinientas páginas reunimos ciento once poetas chilenos. A pesar de ello, creemos ahora que en nuestra antología faltan más poetas que los que en ella no debieron figurar. Bien apreciamos cuántos han sido los entreveros que ha debido salvar Alfredo Lefevre en esta ingrata y difícil labor. Tiene a su favor la sentencia ya tan manoseada de que es muy difícil que el antólogo pueda contentar a todos los lectores, pero en este caso, sin duda que hay razón para anotar estas exclusiones tan lamentables. Una cosa es ser estricto y otra es ser injusto o desconocer el valor literario de los poetas principales de un país.

Diego Dublé Urrutia es el primer poeta que canta con personalidad y acento de extraordinaria sugerencia, la tierra de Chile, el paisaje y los tipos característicos. «Del Mar a la Montaña» será siempre un libro clásico en nuestra moderna poesía.

El poeta sacerdote Luis Felipe Contardo no ha sido jamás olvidado por las antologías chilenas y sus sonetos de Palestina son medallones de místico color que no pueden despreciarse, a pesar de la limitación de las páginas o de que los afectos del antólogo no marchen de acuerdo con este poeta.

Se ha señalado como uno de los valores más definitivos de la poesía moderna de Chile, el nombre de Jorge Hübner Bezanilla, místico y elegante. Podrá argumentar Alfredo Lefevre que Hübner Bezanilla no ha publicado un libro de poesía y que por lo tanto debe continuar inédito. Si es verdad que Jorge Hübner no ha publicado un libro en cambio las antologías de poesía chilena y extranjera lo han dado a conocer y han reproducido sus mejores poemas, especialmente los poemas admirables en que canta al árbol, al viento y a las nubes.

La omisión de Jerónimo Lagos Lisboa, la consideramos irritante. ¿Cómo pudo el autor silenciar este nombre que representa una de las obras más puras y altas que se hayan realizado en la moderna poesía chilena? El poeta de «Yo iba solo...», «Tiempo Ausente» y «Pequeña lumbre» no ha tenido un mísero rincón en este libro. El lector no tendrá noticias de esa poesía alada, llena

de color y elegancia, que viene desde un íntimo fervor familiar y una profunda raíz humana y espiritual.

Entre los poetas que han cultivado en Chile con más fuerza y originalidad el romance, figura Carlos Préndez Saldías, poeta de puro acento y hondo lirismo, cuya labor se ha depurado últimamente en su libro de sonetos «Soledad». «Romances de Tierras Altas» y «Romances de Tierra Baja» serán dos obras que la poesía chilena guardará como ejemplo de belleza y colorido de lo chileno. A pesar de todo, esta «Breve Antología» omite su nombre y como en los casos anteriores, comete una injusticia.

Entre las poetisas chilenas, María Monvel ha sido una de las principales tanto por el acento de feminidad que floreció en su poesía como por la fuerza expresiva de sus cantos. Para ella también, el silencio de Alfredo Lefevre.

La omisión de Francisco Donoso es todavía más grave que la de María Monvel y otros, porque la obra de este poeta, especialmente representada por sus libros «Poemas Interiores», «Mirrah», «Espiral» y «El Agua» lo señalan como un alto valor de la poesía moderna chilena y este aserto ha sido ya muchas veces corroborado por la crítica nacional y extranjera. El poeta de ágiles pinceles, de suaves colores y místicos devaneos también ha encontrado cerrada la puerta de este libro, de suave formato y leve personalidad.

Entre los más jóvenes poetas, Alfredo Lefevre ha recogido algunos nombres como los de Victoriano Vicario, Oscar Castro y Roque Esteban Scarpa y de una plumada ha borrado los de Juan Negro, Nicanor Parra, Stella Corvalán y algunos otros.

En cambio de estas omisiones, Alfredo Lefevre dedica muchas páginas por ejemplo a la poesía de Rosamel del Valle, a quien así juzga: «Solitario e inmenso en su angustia, su poesía tiene la grandeza y el espanto de los que buscan en los propios poderes humanos la redención definitiva de la vida del hombre. Su último libro «Orfeo» (1944) parece señalar una salida hacia términos más luminosos».

No podemos evitar el placer de entregar a ustedes esta luminosa ventana que a juicio de Alfredo Lefevre, significa «Orfeo» en la poesía de Rosamel del Valle.

Dice en un fragmento:

«Oh todavía tú en esta brillante soledad que se deshace, en estos espacios de vida ardiendo alrededor. Tan parecida a los puentes que he cruzado, a la ausencia de mi espalda en los actos menos lúcidos y el luto. Todavía tú, resplandeciente y muerta, coronada y sin red. Para protegerme de lo que me sigue con hachas en lo alto».

Este tipo de poesía parece agradar en extremo al antólogo, porque dedica varias páginas a esta luz, según él, de la poesía chilena. ¿Cómo es posible que se destaque una labor de tan dudosa calidad y originalidad, y se silencien poetas como los ya señalados anteriormente?

Esta antología no refleja ni mucho menos el panorama verdadero de nuestra lírica. ¿Dónde aparecen consignados Antonio Bórquez Solar, poeta del Archipiélago; Samuel Lillo, autor de libros hermosos y de calidad como «Bajo la Cruz del Sur» y «El Río del Tiempo».

En vano hemos buscado los nombres de Roberto Meza Fuentes, Carlos Acuña y Chela Reyes no existen para este antólogo. Se ha truncado el panorama de la poesía chilena, una vez más y tal vez en esta ocasión con mayor crueldad e injusticia.

No se trata de amontonar nombres de poetas, sino que de exponer los verdaderos valores en sus diversas tendencias; aquellos poetas que han realizado una labor de categoría, en suma, Alfredo Lefevre no nos da nada de eso. Y si vamos a buscar en los juicios por él emitidos acerca de los afortunados que han tenido un lugar en este libro, nos encontraremos en la mayoría de los casos con que Lefevre apenas si traza una leve nota crítica y sí muchas que están demás para señalar al ar-

tista. Por ejemplo al hablar de Manuel Magallanes Moure, a qué viene aquello de que fué alcalde de San Bernardo?

Estamos de acuerdo con lo que dice: «el problema sobre el destino de la poesía chilena es asunto de espíritu» y nosotros agregamos: la justicia y ecuanimidad de quienes la exponen.—
CARLOS RENÉ CORREA.



ALMA Y FORMA, por *Bernardo Cruz*

El fino espíritu de Bernardo Cruz ofrece este libro lleno de sugerencias y matizados por el fervor de un temperamento de artista frente a las obras que su devoción por la belleza ha seleccionado.

El subtítulo de la obra reza así: «Selección y Glosas Críticas de Poemas Líricos Hispano-Americanos» Este libro de Bernardo Cruz, es interesante por muchos aspectos y en especial por dos que deseamos, desde luego, señalar: la originalidad de los comentarios y el buen gusto con que selecciona los poemas.

Bernardo Cruz es un escritor maduro que no teme expresar sus personalísimas opiniones sobre materia de arte y poesía. «Alma y Forma», dice, «un título breve e intuitivo. Alma primero, ya que nada vale un poema, musical y sabiamente labrado, si está lleno de aire, que el ánfora responda a su perfume. Pero tampoco una emoción intensa expresada sin unción, transparencia y ritmo».

O sea, que Bernardo Cruz busca en la poesía el supremo equilibrio; se ha entregado en horas de meditación a la consideración, al análisis profundo de los poemas que más le han impresionado. Tenemos en esta obra un exacto reflejo de lo que es su espíritu de artista, inclinado a la suavidad, a la emoción sencilla, a la dulce penumbra de las cosas rodeadas de misterio.

Juan Ramón Jiménez, Manuel y Antonio Machado, Federico García Lorca, Gabriela Mistral, Juan Guzmán Cruchaga,